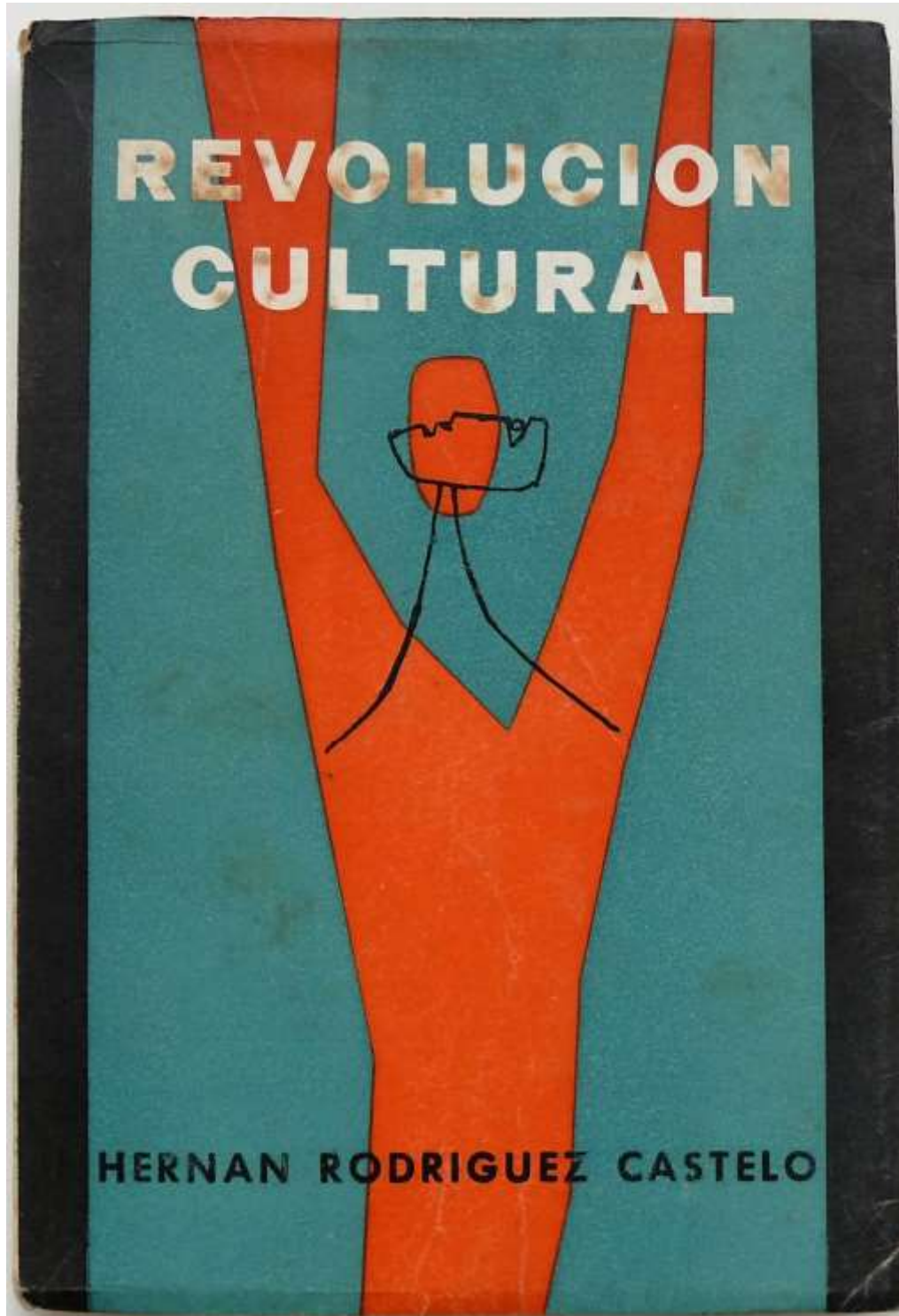


# La historia de la toma de la Casa de la Cultura<sup>1</sup>



---

<sup>1</sup> Rodríguez Castelo, Hernán, *Revolución Cultural, la historia de la toma de la Casa de la Cultura*, Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1968

El día 25 de agosto de mil novecientos sesenta y seis, cuando los Miembros de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, reunidos en Junta General Plenaria –la más solemne e importante reunión anual de la institución– procedían a elegir Miembros para un nuevo periodo, entraron a la sala algo más de un centenar de escritores y artistas, en su mayoría de las últimas promociones, y silenciosa pero decididamente se ordenaron alrededor de los sesionantes. Una vez instalados por todos los rincones del amplio salón intimaron a los Miembros de la Casa de la Cultura abandonar el recinto y el local mismo de la institución. Cumplida la intimación, los irrumpentes ocuparon el local de la Casa de la Cultura, en gesto auténticamente revolucionario, sin precedentes en el Ecuador, y acaso en Latinoamérica, en este terreno de la cultura.

Aquella misma noche los ocupantes de la Casa dirigieron un “Manifiesto” a la Nación. El Gobierno destacó fuerzas del ejército para rodear el local y prevenir cualquier choque entre las partes en conflicto. La tropa impidió el acceso a la Casa de más manifestantes, y así los que la habían ocupado debieron permanecer sin salir.



Fotografía de la época, en la que aparece el autor, segundo desde la derecha, al momento de ingresar a la sala de sesiones de la Casa de la Cultura

El 25 había sido día jueves. El 26, viernes, por la noche se movieron presiones del lado de los desalojados para forzar al Gobierno a tomar medidas de represión violenta contra el Movimiento rebelde; por su parte, los posesionados de la Casa empezaban a recibir el respaldo de las organizaciones clasistas, sobre todo universitarios y obreros, y de otros grupos progresistas. En particular obreros y universitarios prometían una gran manifestación para aquella misma noche. Para completar el cuadro, añádase que la noticia de lo sucedido en Quito había llegado ya a Guayaquil, Cuenca y otras ciudades del país, y grupos de intelectuales y artistas habían plegado al Movimiento, ratificando su decisión con el gesto simbólico de “tomarse” los locales provinciales de la Casa de la Cultura.

Así las cosas, el Gobierno —el Gobierno interino que había sucedido a la dictadura militar— comprende que el Movimiento que se ha posesionado de la Casa de la Cultura tiene amplio respaldo popular, que en veinticuatro horas ha llegado a ser nacional, y que está decidido a todo por hacer valer la justicia de su causa. (De esa justicia al Gobierno le constaba hasta la saciedad: el Movimiento se había ceñido a lograr por caminos de hecho lo mismo que el Gobierno había solicitado muchas veces, con todos los tonos posibles, y de las más variadas cuanto inútiles maneras). Opta, pues, el Gobierno, por reconocer el Movimiento, e invita a una delegación a conferenciar para llegar a un acuerdo, encargando la gestión a los Ministros de Gobierno y Educación. El Movimiento, por su parte, encarga que lo representen al pintor Oswaldo Guayasamín, al escritor y periodista Hernán Rodríguez Castelo y a Fernando Tinajero, presidente de la Asociación de Escritores Jóvenes del Ecuador. De esta conversación nació la idea de la Comisión mixta que prepararía el Decreto de Reorganización de la Casa de la Cultura.

Pasarían aún largos días y se entorpecería muchas veces el acuerdo inicial. Durante ese compás de espera los integrantes del Movimiento, al que una convocatoria del Ministerio de Educación diera su nombre de “Movimiento por la Renovación de la Cultura”, permanecen guardando el local de la sede central y de casi todos los núcleos provinciales de la Casa de la Cultura, firmes en sus propósitos, tranquilos en su proceder y perfectamente organizados a pesar de todas las penurias a que su encierro los exponía. Con el transcurrir de los días la noticia ha trascendido al ámbito internacional. Una periodista finlandesa obtiene lugar, como observadora, en todas las sesiones del Movimiento; un cameramen de la televisión alemana, que ha venido al Ecuador a hacer un reportaje de un país sudamericano en vísperas de elecciones, filma una sesión especial en la que dos discursos “*ad hoc*” cuentan la historia desde sus comienzos y delinean los ideales del Movimiento. Varias revistas hispanoamericanas solicitan información.

En fin, saltando el detalle de la historia, que será objeto de las páginas que siguen, el día sábado 12 de noviembre se reúne la Junta General Plenaria de una Casa de la Cultura renovada radicalmente, y elige Presidente de la Institución al Dr. Benjamín Carrión, fundador de la Casa y Presidente destituido arbitrariamente por la dictadura militar. Reformada de raíz la Institución por un Decreto-ley, comienzan a ser elaborados los nuevos Estatutos, procurando aquilatar el espíritu del Movimiento. La Revolución ha triunfado. Es hora de hacerla vida en la praxis diaria.

Basta lo apuntado para dar razón de por qué hablamos de “Revolución Cultural”, y para mostrar su importancia. Esta Revolución cultural resulta un precedente y un modelo en una hora en que tanto urge revolucionar Hispanoamérica. Revolución decidida y firme; revolución ordenada; positiva. Sin odios estériles ni violencias innecesarias, pero con voluntad férrea de victoria a cualquier precio. Revolución que fue más bien insurgencia generacional, que lucha de partidos. Que unió codo a codo a gestos de buena voluntad, lo mismo cristianos que marxistas.

Creímos que nuestra “Revolución Cultural” bien valía la pena de una historia un poco detallada, antes de que se borre la memoria de cuanto en ella hubo de edificante y pintoresco. Buena razón para entregarla ésta de su primer aniversario.

## HAY QUE TOMARSE LA CASA

El asunto comenzó propiamente el 24 de abril del mismo año, 1966. Más de medio centenar de firmas rubrican un manifiesto en el que escritores, intelectuales y artistas solicitan abierta y decididamente la reorganización de la Casa de la Cultura, “por cuanto la Casa de la Cultura intervenida por la Junta militar en 1963, se ha convertido en institución antipopular e inoperante”.

Es verdad que ya antes se hallan demandas y reclamos en idéntico sentido. Una hoja suelta dirigida al señor Jaime Chaves Granja recordaba que “el Primer Congreso de Escritores Jóvenes del Ecuador, llevado a cabo en la ciudad de Latacunga en noviembre de 1964, durante el cual se constituyó la ASOCIACIÓN DE ESCRITORES JÓVENES DEL ECUADOR, y el Segundo Congreso, realizado en Quito, en mayo de 1965, reprobaron por unanimidad la labor efectuada por la Casa de la Cultura Ecuatoriana bajo la presidencia de Ud”. Esta reprobación, añadía la hora suelta, “fue dada a conocer por la prensa en el primer caso y por medio de un folleto especial en el segundo”.

Los motivos que invocaban los mismo escritores y artistas en general, que los jóvenes escritores de la Asociación coincidían fundamentalmente en estos puntos: el que la Casa de la Cultura hubiese sido intervenida por la dictadura exigía una reparación; una institución rectora de la cultura nacional debía acabar con posturas de fácil conformismo y hasta adulación para con la dictadura, de día en día más inepta y, por consiguiente, más bárbara en represiones y violación de libertades; la Casa de la Cultura, cerrada a solo un círculo, había de abrirse a todos los ecuatorianos que quisieran hacer obra cultural auténtica; había que sacar a la Institución del anquilosamiento en que había venido a dar; había que acabar con los “círculos de elogios mutuos”, con toda suerte de academicismo, y se debía ir hacia una obra de popularización de la cultura.

El manifiesto del 24 de abril dio comienzo al movimiento que culminaría con la reorganización de la Casa de la Cultura. Tres días después, el miércoles 27 de abril, se reunieron en el “Café 77” escritores y artistas para trazar un plan de acción. La reunión contó con gran asistencia y se prolongó hasta las 9 de la noche. Discutidos largamente los motivos que exigían la reorganización de la Casa de la Cultura, se resolvió nombrar una comisión para que estudiase en detalle los defectos que debían ser corregidos y presentara un plan concreto que llevar al Ministerio de Educación. La comisión quedó integrada así: Diógenes Paredes, por las artes plásticas; Claudio Aizaga, por los músicos; Hernán Rodríguez Castelo y Ulises Estrella, por los escritores; Dr. César Dávila Torres, como asesor jurídico, y Luis Corral por los universitarios. La comisión debería presentar su informe en un plazo de ocho días, ante una asamblea similar.

Cumplido el plazo, Hernán Rodríguez Castelo presentó un proyecto de exposición al Ministro, que fue suscrito por los otros miembros de la comisión y llevado hasta el mencionado funcionario, por ese entonces el Dr. Luis Monsalve Pozo. Rodríguez Castelo, antes de leer su proyecto de exposición, explicó que había empleado los ocho días del plazo íntegra y activamente en visitar la Casa de la Cultura, de dependencia en dependencia. Hizo constar que

el presidente de la Institución había respondido a su demanda de inspección de todas las dependencias y ramos de la Casa, ordenando que se le abriesen las puertas. Se acompañó el informe con documentos de gran interés, como el presupuesto anual de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y la lista completa de todo lo editado por la editorial de la Casa de la Cultura en los últimos tres años.

Varios músicos y plásticos asistentes a la sesión hicieron ver que, aun supuestas las limitaciones económicas de la Institución, el trabajo podía superar con mucho la rutina y desidia en que se había caído en casi todos los órdenes.

El informe, titulado “Exposición de motivos que la asamblea de escritores y artistas hace al Ministro de Educación con relación a la reorganización de la Casa de la Cultura” fue a manos del Ministro, y corrió una suerte muy común en nuestros ministerios: durmió semanas y nadie pareció darse por enterado. Bastante más tarde cierta prensa simplista acusaría al Ministro Monsalve Pozo de ser el fautor, poco menos que único, de la renovación de la Casa de la Cultura. Al menos en este primer momento —y acaso siempre—, la postura ministerial fue hesitante, transigente con las dos partes.

Del 2 al 4 de julio tiene lugar el III Congreso del Asociación de Escritores Jóvenes, en Azogues, y allí se vuelven a barajar los motivos de la reorganización solicitada y se avivan propósitos. La segunda resolución del Congreso fue así: “Continuar la campaña para la reorganización de la Casa de la Cultura”.

En cumplimiento de lo acordado, días más tarde, una delegación de los Escritores Jóvenes, formada por Fernando Tinajero Villamar, su presidente, Agustín Cueva, Francisco Proaño, Egbert Espinosa y José Félix Silva visita al Ministro de Educación con el fin de urgir la reorganización perdida. El Ministro de Educación promete formalmente dar curso a la solicitud que se había presentado respaldada por tantas firmas de todos los sectores del pensamiento, la literatura y las artes nacionales.

Tan inútil como esta visita a Monsalve Pozo, y aún más penosa la postura paternalista —a lo gran señor recluido en su torre de marfil— sería la que hicieran a Yerovi los escritores Tinajero Villamar, Rodríguez Castelo y Alejandro Moreano.

El 24 de julio los jóvenes escritores y artistas vuelven a la carga, esta vez con una carta abierta al presidente Yerovi.

Al fin, para el 8 de agosto el Ministro de Educación toma alguna resolución: invoca la sensibilidad de los miembros de la Casa de la Cultura, solicitando tácitamente su renuncia, que daría paso a una reorganización fácil y pacífica. Uno de los más dignos miembros de la Institución, el Dr. Humberto Mata Martínez, comentó así las palabras del Ministro: “Estimo que la declaración el Ministro de Educación Pública, Dr. Luis Monsalve Pozo, miembro nato de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, que de acuerdo con la ley cuando concurre a sus sesiones las preside, contiene una delicada y cortés invitación a los miembros titulares de la misma para que reflexionen sobre la necesidad de una renovación a fondo de la Institución, tanto en su composición como en el orden y orientación de sus actividades”. (“El Tiempo”, 9 de agosto).

Para el día domingo el movimiento por la reorganización de la Casa de la Cultura ha adquirido un nuevo ritmo: el llamado del Ministro de Educación a la sensibilidad de los miembros; la forma como los más dignos de ellos han acogido ese llamado; la noticia, que circula insistentemente, aunque extraoficialmente, de que el decreto de reorganización está listo y sólo espera ser firmado han hecho sentir a escritores y artistas que lo mismo el gobierno nacional que la opinión pública han reconocido la razón de su causa. En círculos de escritores y artistas se recogen firmas para una nueva instancia al gobierno. El diario “El Tiempo” comienza a seguir día a día el movimiento. Este domingo recoge la inquietud y resume el estado de la cuestión en un breve artículo destacado con recuadro que se titula: “Lo desagradable de la semana: REORGANIZACIÓN DE LA CASA DE LA CULTURA”.

Enorme importancia revisten en este preciso momento dos renunciaciones que llegan desde el Azuay. Carlos Cueva Tamariz y Gabriel Cevallos García, acaso las dos figuras más prestigiosas de la cultura azuaya, renuncian a su calidad de miembros de la Casa de la Cultura.

Dos días más tarde renuncian en Quito el Dr. Enrique Avellán Ferrés y el Lcdo. Alberto Viteri Durand.

Las renunciaciones y las declaraciones que en algunos casos las acompañan hacen creer que la reorganización se obrará de modo simple y directo.

Así las cosas llega el día 28 de agosto, señalado para la sesión plenaria en la que debían elegirse los miembros de la Casa de la Cultura para el siguiente periodo. Ese día el diario “El Tiempo” publica una carta del Ministro de Educación al Presidente de la Casa de la Cultura, en respuesta a que se le cursara invitación a concurrir a dicha sesión. La carta del Ministro no puede ocultar la irritación que tal invitación le causa. ¿Cómo era posible que, sordo al clamor general, el Sr. Jaime Chaves Granja procediese a convocar la junta plenaria como si nada sucediese en especial?

El Ministro, al tiempo que se excusa de concurrir a la junta plenaria, recuerda al Sr. Chaves hechos que eran del dominio público:

“Como usted conoce, señor presidente, reiteradamente se han presentado al Ministerio de Educación y aun directamente a Su Excelencia el señor Presidente de la República, numerosas peticiones encaminadas a pedir la reorganización de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

“De otra parte, este orden de hechos ha llegado a su clímax con las renunciaciones de sus dignidades de Miembros Titulares, presentadas por prestantes y eminentes ciudadanos que sumadas a las vacantes existentes también de Titulares y a la realidad de que otros Miembros por motivos de salud o ausencia, no concurrirán a la indicada sesión, hace que, por un principio de elemental respeto al País y a la propia Cultura, no pueda ni deba llevarse a cabo dicha junta”.

Los miembros no renunciados de la Casa de la Cultura postergan la junta plenaria por una semana, y en un artículo y una “carta” de los lectores, publicados ambos en “El Comercio”, tratan de defender su postura obstruccionista.

Lo que aducen resulta poco menos que infantil. He aquí el párrafo central: “Algunos miembros han presentado sus renunciaciones, por “sensibilidad”, pero se indica que prácticamente no caben renunciaciones si justamente la asamblea se reunirá para elegir nueva Junta, de la manera como disponen los estatutos; sería difícil reunir antes una Asamblea sólo para considerar las renunciaciones”.

Fútil razón, si consideramos que los miembros que renunciaron lo habían hecho de modo irrevocable y con clara voluntad de sumarse al clamor nacional por la renovación.

La “carta” del lector anónimo recurría a una panacea que hasta este momento había sido infalible: acusaba al movimiento renovador de comunista. Lo lamentable es que la acusación hizo fortuna. Hasta tal punto que gentes de éstas que se asustan con demasiada facilidad con el fantasma del Comunismo rehuyeron sistemáticamente ponerse de parte del movimiento hasta cuando, después de la victoria, pudieron comprobar el desinterés de su acción y la amplitud de sus miras.

El día lunes 22 de agosto Fernando Tinajero Villamar, presidente de la Asociación de Escritores Jóvenes, propone un camino viable para solucionar el conflicto. El camino tiene tres etapas: 1) Devolver, mediante decreto, la autonomía que le fuera arrebatada a la Casa de la Cultura, restituyendo el orden vigente a la fecha de la intervención castrense. 2) Poner en manos de los miembros removidos por la dictadura la elección de los nuevos miembros. 3) Poner esa reorganización en manos de una Asamblea de escritores, artistas, etc.

“El Tiempo”, atento a la postura del Ministro de Educación, que parece haberse sumado en un mar de vacilaciones y temores, se pronunciaba firmemente: “En este momento, una postura de respeto a la Casa de la Cultura ha perdido sentido. No reorganizar la Casa de la Cultura mediante decreto que remueva a los instalados e insensibles no-renunciantes, sería dar por errada la posición de los miembros que acogieron la insinuación del Ministro; sería rechazar la demanda de todos los grupos culturales de Quito, Cuenca, Guayaquil, Ambato, que han solicitado, presentando los argumentos más fuertes, esa reorganización, que es imperativo de la cultura nacional”.

El martes se hacen oír voces de Guayaquil que se pronuncian por la reorganización exigida. Un miembro de la Casa de la Cultura, Núcleo del Guayas, Prof. Francisco Huerta Rendón cree que la intervención del Ministro “va a ser obligada”. Y da razón de por qué el pronunciamiento en Guayaquil no es unánime: “En Guayaquil se ha temido mucho que la reorganización se hiciese con un criterio extremadamente político e izquierdista”. Pero añade: “En cambio es unánime el criterio de que se debe reorganizar y acabar con argollas y círculos”.

El miércoles se hacen oír voces azuayas. Rubén Astudillo escribe: “En los círculos culturales de Cuenca se ha seguido de día a día y con marcadas muestras de simpatía, la lucha emprendida en la capital de la República para lograr la reorganización de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Frente a esta actitud de los jóvenes intelectuales y artistas, no ha podido causar otra cosa que extrañeza la asumida, a su vez, por el Gobierno Nacional y el Ministro de Educación. La reorganización de la Casa de la Cultura es un imperativo impostergable”. Un artículo de la página editorial de “El Mercurio”, el principal diario cuencano, se titula “Hágalo usted, doctor Monsalve”, y es duro, sobre todo con el Presidente de la República que “o ha

olvidado su promesa, o, haciendo tabla rasa de ella, ha optado, más bien, por secundar en su afán de perpetuación en la Casa de la Cultura Ecuatoriana, a una docena y media de elementos fósiles intelectualmente, y en lo político, tanto más fósiles todavía”. El artículo hace un llamamiento urgente “a la dignidad del señor Ministro de Educación”.

Este es el clima que se ha hecho para el 25 de agosto, día señalado para la Junta Plenaria de la Casa de la Cultura. En la víspera escritores y artistas han visitado al Presidente de la República y él ha prometido solemnemente que se suspendería la junta plenaria, y ha añadido “Se prepara un nuevo estatuto electoral. El actual estatuto da lugar a la argolla” (“El Tiempo”, 25 de agosto)

Una vez más todos cuantos pedían la reorganización de la Casa de la Cultura pudieron esperar que se hiciese por vías normales. El Presidente ha llegado a decir: “En mi decreto no quiero nombres. Las Asociaciones e Instituciones culturales elegirán a los miembros de la Casa”.

Y sin embargo, a pesar del clamor unánime de escritores y artistas de Quito y de todo el país, a pesar de las repetidas llamadas del Ministro de Educación, a pesar de cuanto dijera el Presidente –quien, con gesto muy característico suyo, retractó al día siguiente mucho de lo dicho<sup>2</sup>–, los miembros no-renunciantes de la Casa de la Cultura se reunieron e iban a proceder a reelegirse. (Olvidaron lastimosamente papeletas reeleccionarias sobre la mesa de sesiones...).

Entonces, puestos ante la disyuntiva de ver burlada una vez más la voluntad mayoritaria por una oligarquía que, apoyada por la prensa amarilla, se había acostumbrado a imponer su parecer, por caprichoso o injusto que fuese, o de recurrir a vías de hecho, escritores y artistas resolvieron: “Hay que tomarse la Casa”.

---

<sup>2</sup> Respecto a esta retractación del Presidente Yerovi, parece oportuno esclarecer hasta donde se pueda lo sucedido. El día jueves 25 de agosto, el diario “El Tiempo” publicó un titular a tres columnas, así: <<Se suspende Junta General de la Casa de la Cultura: Yerovi>>, y en el texto se refería a una entrevista concedida por el Presidente a un grupo de escritores y artistas, entre los que el diario anota a Oswaldo Guayasamín, Fernando Tinajero, Sixto Salguero, Alfonso Murriagui, Francisco Araujo Sánchez, Carlos Manuel Arízaga y José Félix Silva.

Pues bien, el secretario particular del Presidente desmintió poco después los términos en que los mencionados escritores y artistas transmitieron lo que les había dicho el Presidente. Esto era más graves si se tiene en cuenta, como bien lo hicieron notar los escritores y artistas que el mencionado secretario particular no estuvo presente en la entrevista. El desmentido no podía provenir sino del Presidente. Mucha gente llegó a temer que se hubiese tratado una versión mal intencionada del diario “El Tiempo”. Para salir al paso a tal sospecha, el diario sacó al día siguiente un enfrentamiento que equivalía a dar un mentis al Presidente. “El Tiempo”, puso frente a frente la carta del secretario de la presidencia de la República al director de “El Tiempo” y una carta al mismo director, rubricada por nueve escritores y artistas que se ratificaban en cuanto habían declarado. El texto de la carta de los escritores y artistas no puede ser más terminante: “Los abajo firmantes protestamos por dicha comunicación y damos fe, como testigos presenciales que fuimos, de que el señor Presidente manifestó cuanto se lee en el diario “El Tiempo”, con variantes que no alteran el contenido esencial de sus declaraciones, debido tan solo a que no se tomaron apuntes taquigráficos”. Y acababan: “Constituye que este hecho constituye una burla...” etc.



## DEL PRIMER MANIFIESTO AL CONGRESO NACIONAL DE TRABAJADORES DE LA CULTURA

“Hay que tomarse la Casa”. La fórmula equivale al “*alea iacta est*” de César al lanzar a su caballo sobre el sacro Rubicón. La frase la dijo Oswaldo Guayasamín a Rodríguez Castelo. Pero no como arranque genial o improntu originalísimo. Ese gesto entre simbólico efectivo había ido quedando como el único camino frente a las groseras burlas de Yerovi, frente a las debilidades de Monsalve Pozo, frente a la contumacia de los viejos miembros de la Casa de la Cultura, y las decenas de jóvenes escritores de izquierda que habían subido a la casa del pintor llevaban tomada la decisión. Esperando instrucciones de Rodríguez Castelo se hallaban varios grupos de escritores y universitarios de posición cristiana. Tan pronto como se les dijo telefónicamente la última palabra acudieron a la Casa de la Cultura, para emprender en la común conquista. La empresa, incierta aún, pero necesarísima y apasionante por su sentido de revolución cultural, significó una ruptura de barreras ideológicas y religiosas para aunar esfuerzos en un afán de purificar y renovar.

De la casa de Oswaldo Guayasamín salieron varios taxis llenos de escritores y artistas. Los otros grupos esperaban en las inmediaciones de la Casa de la Cultura. La hora de la reunión se había fijado para las seis de la noche: se trataba de sorprender a los miembros de la Casa de la Cultura no-renunciantes en pleno conciliábulo.

A las siete y minutos cerca del centenar de escritores y artistas (acaso hayan sido más; prefiero quedarme corto en el cálculo. El número se podrá ver por el espacio que ocuparon en la sala de sesiones y corredor que conduce a ella) entraron al amplio hall de la Casa de la Cultura, donde un pequeño grupito esperaba los resultados de la junta plenaria. En el hall los delegados universitarios de la Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador (FEUE) desenrollaron carteles con leyendas alusivas a la intervención militar, a la condición oligárquica de los no-renunciantes, a la estrecha relación de varios de ellos con el diario “El Comercio”. Todo en absoluto silencio.

Y comenzó el desfile hacia la sala de sesiones por el amplio corredor que una la sala con el hall. El corredor se llenó por completo y aún estaban muchos manifestantes en el hall.

El portero, que entreabrió la puerta para decir que no se podía atender a nadie porque estaban en junta plenaria, ante la masa de los irrumpentes y la presencia de gente de cultura conocida, se hizo a un lado, y dio paso a la entrada de los manifestantes, que a los miembros no-renunciantes de la Casa de la Cultura les debe haber parecido interminable. Los intrusos rodearon completamente la gran mesa de sesiones por sus cuatro costados y se amontonaron hacia la parte del mural.

Medroso había escapado de modo entre cómico y ridículo Alejandro Carrión, el director de la revista “La Calle”, gran escritor y periodista venal que había servido a la dictadura, tan pronto como viera aparecer a los primeros manifestantes. Los demás sesionantes, ancianos y hombres librescos en su mayoría, alardeando de cumplidores heroicos del deber, intentaron seguir la sesión. El presidente cesante, Jaime Chaves, había dicho algo en

tal sentido, cuando Fernando Tinajero lo interrumpió intimando: “En nombre del pueblo ecuatoriano pedimos que no continúen esta sesión”.

Esto pareció ser la señal para que alguno de los sesionantes gritara destempladísimo que se cometía un atropello.

Tomaron la palabra entonces Rodríguez Castelo y Oswaldo Guayasamín para reiterar la petición de que se suspendiese la sesión, añadiendo la de que abandonasen la Casa de la Cultura y renunciasen, haciendo la petición a nombre de instituciones y grupos culturales de todos los rincones de la República.

Parece ridículo o mezquino que una multitud tan grande de gente joven intimase la salida de una sala de sesiones a un par de decenas de pacíficos caballeros, tantos de ellos ancianos; y, en verdad, sería insignificante, falto de interés, sino se atiende a que esas dos docenas de hombres sentados alrededor de una mesa representaban el grupo que había dominado la cultura ecuatoriana en los últimos veinte años, en proceso constante de enquistamiento y esclerosis, y que detrás de ellos, sosteniéndolos, estaban grandes fuerzas de presión: tres de ellos eran de la plana del diario más rico de la sierra, otro era de la familia propietaria de uno de los dos grandes diarios de Guayaquil. Había un elemento del clero, respetadísimo en todas las esferas religiosas-sociales; profesores y autoridades universitarias, con gran poder en círculos ministeriales. Rarísimos serían entre las “gentes de orden”, entre la “sociedad” y aun en los círculos gubernamentales los que viesan con buenos ojos esta irrupción de la juventud y los creadores sin castas, en el salón aquel convertido con el paso de los años en reducto académico. Y la prensa comercial agotaría sus esfuerzos para frenar la institucionalización del movimiento que se había pronunciado esa noche.

En este punto abandonaron el salón varios de los sesionantes con el presidente a la cabeza. Algunos de los recién llegados ocuparon esos sillones.

Entró entonces al salón un oficial de policía, llamado por el presidente cesante, para intimar la salida “de algunos señores que no tenían derecho para estar allí”. Dos o tres voces de los manifestantes hicieron ver al policía que quienes no tenían derecho para estar allí eran los antiguos miembros de la Institución. Los argumentos expuestos –las repetidas llamadas del Ministro de Educación, la promesa formal del Presidente de que no se celebraría esa junta plenaria– pusieron al representante del orden en estado de perplejidad y optó por presenciar los acontecimientos sin decidir, limitándose a prevenir cualquier brote de violencia.

Violencia no hubo ninguna. Un toce tan solo, cuando el Dr. Euclides Silva, miembro de la Casa de la Cultura venido a la junta plenaria por el Guayas, se refirió a quienes habían entrado como a “nuevaoleros”. El terminajo despertó una protesta cerrada desde el rincón que ocupaban escritores y artistas del grupo Galaxia y otros de Vanguardia. El Dr. Silva explicó que no había usado el término con intención ofensiva: los jóvenes le dijeron que debía enterarse del sentido de las palabras que empleaba, y de allí no pasó la cosa.

No hubo violencia alguna. Antes al revés, se entabló un diálogo de gran interés entre el Dr. Silva y algunos de los manifestantes que se habían instalado en los sillones abandonados. El Dr. Silva se quejaba de que un reclamo que parecía justo se hubiese hecho así, con visos de

algarada. Se respondió al Dr. Silva con una enumeración de todas las gestiones por vías del derecho, de jerarquía, de orden, que se habían estrellado contra la contumacia de los miembros no-renunzantes. Cortó este diálogo, al que las circunstancias hacían apasionante, la entrada del Sr. Jaime Chaves, expresidente de la Casa de la Cultura, quien anunció que la sesión de la junta plenaria se hallaba suspendida.

Ese fue el punto final puesto por un hombre acabado, a un régimen que pasaría a la historia de la cultura ecuatoriana como una hechura inepta de la dictadura.

Los miembros se posesionaron del edificio de la Casa de la Cultura, e instalados en sesión solemne en el gran salón de la Institución redactaron un “manifiesto” explicando al país lo que habían hecho. El manifiesto decía así:

Los escritores, artistas, intelectuales y más hombres de cultura, reunidos en Asamblea permanente en el Salón de Sesiones de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, declaramos:

*1.- Que la Casa de la Cultura Ecuatoriana pertenece al pueblo, y que ningún círculo puede sentirse dueño de ella; menos aún cuando existe de por medio una intervención dictatorial.*

*2.- Que, después de haber agotado todas las medidas para lograr que el gobierno nacional restituya al autonomía y la dignidad de la Casa de la Cultura Ecuatoriana arrebatadas por la fenecida dictadura militar, mediante el restablecimiento del orden vigente a la fecha de la intervención, a fin de abrir posibilidades a una honesta reorganización de ese alto organismo, nos hemos visto obligados a posesionarnos de este Salón de Sesiones, a fin de poner término al status existente a partir del Decreto dictatorial.*

*3.- Puesto que representamos a todos los sectores de la cultura nacional, que reiteradamente han dejado oír sus reclamos de reorganización, hemos resuelto que los miembros titulares de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, que se hallaban en funciones antes de la intervención militar se incorporen a ella y procedan a tomar las medidas conducentes a la total reorganización de esta Institución.*

*4.- Declaramos, además, que permaneceremos en este local hasta que nuestras aspiraciones sean satisfactoriamente atendidas por el Gobierno Nacional.*

*5.- Invitamos a todos cuantos se sientan solidarios con nuestro movimiento, a que concurran a acompañarnos en este local.*

*6.- Finalmente, dejamos constancia de nuestro respeto a todos los bienes de la Institución, que serán entregados a sus legítimos administradores. Dejamos constancia, igualmente, del caballeroso comportamiento de la Policía Nacional, que demostró respeto a los derechos de los intelectuales y a la actitud que hemos asumido.*

El día viernes fue para los revolucionarios un día difícil. El local de la Casa de la Cultura fue cercado por fuerzas del ejército. Círculos aristocráticos, círculos conservadores, oligarquías

presionaban al Gobierno exigiendo medidas drásticas contra lo que consideraban vulgar desorden. A la tardes se recibieron anuncios, provenientes de fuentes autorizadas, de que se había ordenado el desalojo por la fuerza.

Sin embargo, en medio de un conjunto tan oscuro, dos hechos hacían sentir la solidez de la causa revolucionaria y mostraban su crecimiento irreprimible: el uno era la acogida que el gesto quiteño había tenido en las provincias, y otro el respaldo que empezaba a llegar hasta la Casa ocupada de parte de los organismos clasistas, obreros y universitarios. Sobre todo los obreros ofrecían su apoyo incondicional y anunciaban que aquella noche se harían presentes en forma masiva en el local de la Institución.

Acaso estos dos hechos, que presentaban en su verdadera fisonomía al movimiento – movimiento nacional movimiento auténticamente popular; movimiento respaldado por grandes mayorías– hicieron peso en el gobierno. Ello es que aquella misma tarde llegó a la Casa de la Cultura el Dr. Hugo Larrea Benalcázar, en cumplimiento de oficios de mediador, llevando una invitación de los ministros de Educación y Gobierno para sostener conversaciones con dos delegados de los escritores y artistas posesionados de la Casa, en la residencia del Ministro de Gobierno.

Los escritores y artistas aceptaron la invitación solicitando tan solo que la invitación formulada originariamente para dos, se extendiese a tres, con el fin de que pudiera añadirse al grupo Fernando Tinajero Villamar, presidente de la Asociación de Escritores Jóvenes, que tanta parte había tenido en la empresa, lo cual aceptaron de buen grado los ministros.

Así que aquella misma noche, a eso de las nueve, concurrieron a la elegante residencia del Ministro Murillo, Oswaldo Guayasamín, Hernán Rodríguez Castelo y Fernando Tinajero Villamar, para la entrevista que buscaría una salida legal al estado de hecho.

La entrevista fue cordial en sumo grado. Los ministros habían preparado un plan, y luego de breve cruce de preguntas y respuestas los delegados de los escritores y artistas aceptaron ese plan. Consistía fundamentalmente en nombrar una comisión que redactase un proyecto de decreto reformativo de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Esa comisión estaría compuesta por nueve miembros, designados así: tres por los antiguos miembros de la Casa de la Cultura, tres nombrados por los revolucionarios y tres designados por el Ejecutivo. Los delegados del movimiento expusieron su inquietud respecto a los que serían designados por el Ejecutivo, pues caso de ser tres personas de la reacción o de las viejas ideas, se habría hecho un bloque mayoritario que podría acabar con todos los empeños renovadores. El Ministro de Educación, quien se atribuyó papel decisivo en esa designación, comprometió su palabra de hombre, en algo que dio en llamarse “pacto de caballeros”, de que serían escogidos hombres abiertos y amplios, de mentalidad moderna. Llegó a pedir a los delegados que propusieran nombres, y éstos hicieron una lista en la cual constaban figuras de conocida honradez intelectual como Humberto Mata Martínez y Alfredo Pérez Guerrero, desaparecidos ambos en el curso del año.

Cuando los delegados volvieron a la Casa de la Cultura se encontraron con la grata presencia de obreros que en gran número llenaban corredores y el salón de sesiones. La llegada de los delegados con buenas noticias aumentó la euforia que se vivía en la Casa de la

Cultura, y puede decirse que todos los presagios grises de la tarde se desvanecieron completamente. A partir de este punto todo el problema se redujo a la búsqueda de causas legales para una revolución que se había impuesta por sí misma.

Momentos después de llegados los delegados que habían ido a la reunión con los ministros, se instaló una sesión solemne, en la que departieron fraternalmente escritores y artistas con obreros y con universitarios de las dos universidades, la nacional y la católica.

Abrió la sesión un obrero, Horacio Villacís, miembro de la Confederación de Trabajadores Ecuatorianos, de modo directo y emotivo. “No tardaremos, dijo Villacís, en hacer un departamento de la clase trabajadora” –aludía a cierto proyecto de reorganización que cada vez cristalizaba más nítidamente, y según el cual las inoperantes secciones de la Casa de la Cultura se transformarían en departamentos–. Villacís analizó los acontecimientos de la víspera, habló de la repercusión que habían tenido en la clase trabajadora y prometió la ayuda incondicional de las instituciones y organizaciones clasistas de los trabajadores para que la revolución cultural triunfase.

Agradeció al obrero Fernando Tinajero Villamar. Luego tomó la palabra otro dirigente laboral, César Estrella Cox, Presidente de la Federación de Trabajadores de Pichincha. Discurso hondo y estremecido. “Hablo, dijo, desde esta sala donde nunca ha estado un trabajador. Me siento feliz de estar aquí como en mi propia casa”. En igual tono, Rodríguez Castelo prometió a los trabajadores, respondiendo a Estrella Cox, que ahora comenzaría la hora de la popularización cultura; a nombre de escritores y artistas comprometió formalmente la palabra: “Estamos en deuda con el obrero, el campesino, el indio, y haremos cuanto esté en nuestras manos para pagar esa deuda”.

El acto terminó entrado el nuevo día, y aún se prolongó largamente en conversaciones. Muchos obreros pernoctaron en la Casa. (Otros días lo harían grupos de maestros primarios, grupos de universitarios).

La adhesión de las clases trabajadoras al movimiento no quedó ahí. A diario llegaban a la secretaría del movimiento comunicaciones y acuerdos de solidaridad, que deben quedar en gran número a pesar de lo improvisado de un archivo que se hizo en pleno tránsito de la acción. Fueron tantas esas comunicaciones, que todos cuantos estuvimos de un modo u otro al frente del asunto, recogimos y guardamos alguna. Yo tengo ante mí en este momento una de la Asociación de Empleados y Obreros de la Empresa Eléctrica Quito. “El paso que habéis dado, dice en su párrafo final la valiente y altiva comunicación, ha servido de ejemplo en la República para que los Núcleos provinciales asuman la misma actitud; lo que implica un orgullo para la clase trabajadora”.

Entre el viernes y el sábado el movimiento se extendió a las provincias. De Guayaquil llegó por teléfono la pregunta: “Cerca de centenar de escritores y artistas estamos en X sitio. ¿Qué hacemos?” La contestación era siempre la misma: “Tómense la Casa”. En Guayaquil la toma de la Casa se hizo en forma ordenada y precisa, cosa más necesaria allí que en ninguna parte porque en el local de la Casa de la Cultura Núcleo del Guayas funciona un canal de televisión y

una radiodifusora. El caso de Guayaquil está salpicado de sabrosas anécdotas y sucesos. Como el del cine. Tomados ya la Casa los escritores y artistas de la renovación, el encargado del cine, considerando que ellos eran ya las nuevas autoridades –con ese instinto popular que raras veces yerra–, procedió a darles una función de cine que amenizara y celebrara la conquista. Pero, enterado del hecho el presidente cesante del Núcleo, poco menos que vociferando ordenó suspender inmediatamente la sesión cinematográfica.

En ciertos núcleos provinciales pequeños, la hora de “tomarse la Casa” resultó la hora de descubrir que muchos de los locales aquellos ni siquiera se habían abierto desde hacía mucho tiempo. Bastó con poner un nuevo candado simbólico encima del efectivo y diuturno.

En una pequeña ciudad, la dueña de casa –porque aquí la Casa de la Cultura era un cuarto de una casa de inquilinato–, al conocer el rumor de toma de locales y otros igualmente alarmantes, ella, que estaba impaga desde hace tres meses, procedió a incautarse todo, tomándose la Casa. Fue una de las tomas más originales.

En dos ciudades del país el movimiento de renovación, compuesto generalmente por una mayoría joven, se topó con dificultades especiales: en Cuenca, la ciudad más conservadora y tradicionalista del país, y en Ambato, la ciudad más oligárquica, donde quienes dominaban la Casa de la Cultura, dominaban también el ayuntamiento, dirigían la vida social y decidían de todo. Sin embargo, el grupo joven de Cuenca, que cuenta con figuras de tanto prestigio como el poeta Rubén Astudillo, director de SYRMA y jefe de redacción del diario más importante del Azuay, logró cumplir los propósitos del movimiento a cabalidad, y hacer de Cuenca uno de los baluartes de la revolución cultural. En Ambato, en cambio, la falta de esas figuras de prestigio reconocido entre los jóvenes –debida, precisamente, a la opresión asfixiante de las oligarquías culturales– hizo fracasar la toma del local y hasta la vigencia de las ideas nuevas. La renovación llegaría a Ambato desde fuera, cuando la revolución se hubiese hecho ya ley. Para evitar la toma de la Casa de la Cultura, no se les ocurrió a los magnates ambateños recurso más eficaz que poner a guardarla los fisicoculturistas ambateños, que, al fin y al cabo, a su modo, tienen también relación con la cultura...

Pocos días de suscrito el “pacto de caballeros” entre los ministros de Estado y los escritores, un cambio de detalle en la composición de la comisión que redactaría el anteproyecto de decreto reformativo, puso en peligro la solución simple y pacífica del estado de hecho vigente. Supieron los renovadores que, sin contar con ellos, se había modificado la fórmula inicial, y aun antes de pesar todo lo poco o mucho que implicase el cambio se dirigieron al Ministro de Educación para manifestarle que ahora que el movimiento ya era nacional, Quito no podía decidir acerca de nada sin consultar con los otros grandes núcleos unidos a la revolución. Señal de que el movimiento se consideraba fuerte y de que su carácter nacional era vivido eficazmente.

El Ministro de Educación, Dr. Luis Vela Monsalve, explicó a los escritores que fueron a manifestarle lo que antecede, que el cambio no era sustancial y que, más bien, podía considerarse favorable la que él llamaba ya “Movimiento por la Renovación de la Cultura”. De los nueve miembros, representantes de tres partes, se había pasado a diez miembros, designados cinco por los antiguos miembros de la Casa de la Cultura y cinco por los renovadores, a más de un presidente de la comisión, designado por el propio Ministro.

La explicación del Ministro deshacía un mal entendido a que daba lugar el texto del decreto aparecido en la prensa, según el cual a más de los cinco miembros nombrados por la Casa de la Cultura, había otros cinco miembros designados por el Ministro de Educación.

El Ministro explicaba ahora que estos cinco miembros serían designados por el Movimiento por la Renovación de la Cultura. Los delegados replicaban que se había roto la confianza inicial; que Guayaquil, nunca satisfecho con el arreglo, y deseoso de algo más radical, exigía ahora otro procedimiento que asegurase la reorganización segura y definitiva de la Institución. Para dar las seguridades que se ponían en duda, el Ministro quiso firmar allí mismo el nombramiento de cinco personas que señalasen los renovadores, para los cinco sitios de designación del Ministerio. Pero los delegados no tenían poder alguno. Llevaban un simple mensaje de disconformidad con el cambio y, más aún, con que se hubiese hecho sin contar con ellos. Los delegados pusieron en manos del Ministro un acuerdo concebido en los siguientes términos:

*1.- Esa Asamblea no cree tener facultad para resolver por sí acerca de aceptar o rechazar el Decreto dado a conocer por el Gobierno, una vez que el Movimiento por la Renovación de la Cultura ha alcanzado dimensión nacional.*

*2.- En consecuencia, la Asamblea ha convocado a representantes del Movimiento por la Renovación de la Cultura, de todas las provincias, para que en Asamblea Nacional resuelvan la cuestión planteada.*

*3.- Mientras tanto, solicita al Gobierno la suspensión del Decreto por un término de cuarenta y ocho horas.*

La convocatoria se había hecho ya, llamando a Quito a dos delegados de Guayaquil y Cuenca, y uno por los demás núcleos provinciales sumados al movimiento.

Entretanto el movimiento se afirmaba. El día lunes 29, se tuvo en la Casa de la Cultura una sesión solemne similar a la del viernes anterior, pero esta vez con delegaciones clasistas universitarias. Tomaron la palabra, a nombre de varios grupos universitarios, Julio César Vizuete; en representación de la Federación de Universitarios del Ecuador (FEUE), Aurelio Bonard, su secretario; a nombre de la Federación de Estudiantes Universitarios de la Universidad Católica (FEUC), Benjamín Ortiz Brennan, su presidente; por la Federación de Estudiantes Secundarios del Ecuador (FESE), Carlos Luna, secretario; por la filiales de la FEUE, y a nombre del Frente de Revolución Universitaria de Manabí (FRU), Julio Terán. "Se están abriendo por obra de ustedes nuevos caminos, manifestó Ortiz Brennan a los escritores y artistas que permanecían día y noche en la Casa de la Cultura; irrumpe una nueva generación. Considerando lo trascendental del movimiento, lo profundo y renovador del movimiento, expresamos nuestro respaldo".

Hasta el momento del cambio de lo acordado en la primera reunión sostenida por los Ministros con los delegados del Movimiento, Guayaquil y Cuenca apoyaron todas las decisiones tomadas por el grupo de Quito. Pero a partir de este cambio, que rompía unilateralmente lo acordado, Guayaquil creyó que el Movimiento estaba dispensado de cualquier obligación, y que se debía revisar totalmente la solución propuesta. Dos delegados

de Guayaquil discutieron largamente con los quiteños lo que se debía exigir con miras a hacer de la nueva Casa de la Cultura algo que respondiese a los ideales de la renovación. Los dos delegados guayaquileños fueron el pintor Enrique Tábara y el músico Enrique Gil Calderón.

No se llegó a nada definitivo, porque la comisión ejecutiva del movimiento de Quito – Guayasamín, Rodríguez Castelo, Tinajero, Murriagui, Acosta Yépez y Boanerges Mideros– creía que el camino propuesto por el Ministro podía ser viable, en caso de que el Ministro, como lo había prometido, sugiriese para la comisión a gente que hiciese posible el entendimiento, y descartase absolutamente a tres o cuatro personajes declarados no gratos. (En la lista de personajes no gratos al movimiento estaban el Dr. Juan Isaac Lovato y el Dr. Plutarco Naranjo, que serían nominador por parte de la antigua Casa de la Cultura). Fue menester que Guayasamín, Rodríguez Castelo y Tinajero viajasen a Guayaquil para conseguir la aprobación del núcleo del Guayas al Decreto que establecía la comisión.

Las conversaciones de Guayaquil, donde se habían reunido, a más de los quiteños, delegados de varias provincias, fueron fecundas. Los delegados quiteños hallaron que en Guayaquil se habían dibujado dos alas en el Movimiento: una más radical y revolucionaria, y otra que pensaba exactamente igual que en Quito. Los delegados quiteños presentaron ante una asamblea general el cuadro completo del Movimiento, desde la noche en que comenzara, concluyendo que por el camino que estaba abierto, se podría llegar a reorganizar profundamente la Casa de la Cultura, y que, caso de no ser esto posible por cualquier mala voluntad o postura obstruccionista, siempre quedaba el recurso a vías más radicales. Mostraron además lo peligroso que sería aparecer ante la opinión pública como intransigentes o revolucionarios a ultranza. Las razones expuestas por los delegados quiteños parecieron plausibles a la asamblea y se aprobó la aceptación del decreto.

Esto aprobado, se pasó a discutir una brillante idea de los delegados guayaquileños: la de convocar a una gran Asamblea Nacional de escritores y artistas, cuyas sesiones coincidiesen con las labores de la comisión jurídica, de tal modo que, tanto el congreso en pleno, como especialistas de tal o cual sector de la cultura, pudiesen colaborar con los cinco delegados del Movimiento a la comisión, y el Congreso –vivo testimonio del carácter nacional y poderoso del movimiento– vigilase la elaboración del proyecto de decreto reformativo.

Unánime aplauso recibió la idea del Congreso, aunque se hubiese discrepado en el detalle de su organización. El ala radical quería un congreso monstruo, que reuniese todas las manifestaciones del quehacer humano y ofreciese un carácter masivo; los moderados, atendiendo sobre todo a las dificultades que reunir tal Congreso ofrecería, proponían un Congreso de escritores y artistas, con delegaciones reducidas a cada provincia. La vida, con sus complejidades y dificultades, obligaría a aceptar este segundo modo.

En cuanto al temario, lo estrecho de los dos días que los delegados quiteños permanecieron en Guayaquil, hizo imposible descender al por menor. En grandes líneas las cuestiones que quedaron propuestas al Congreso fueron:

- 1- Objetivos y generalidades de la cultura ecuatoriana
- 2- La Casa de la Cultura: a) Objetivos; b) Reestructuración.



- 3- El trabajador de la cultura (con un estudio especial de la cuestión de los derechos de autor).
- 4- La participación del pueblo en la cultura.

De vuelta del puerto los delegados quiteños traían un documento suscrito por la asamblea en que se afirmaba taxativamente que la cultura no tiene barreras y colores, y que no era verdad que el Movimiento por la Renovación de la Cultura hubiese sido capitalizado en Guayaquil por una minoría comunista, con fines partidistas.

Traían algo aún más precioso los tres delegados. En el viaje de Quito a Guayaquil, habían cruzado ideas acerca del plan de reorganización de la Casa de la Cultura que llevarían al seno de la comisión jurídica. Y sobre una bolsa, de esas que tiene los aviones para usos urgentes, Guayasamín, Rodríguez Castelo y Tinajero trazaron un organigrama de lo que quería el Movimiento que fuese la Casa de la Cultura. El papel, café, basto de bordes desiguales pasó de mano en mano en la reunión de Guayaquil y estuvo presente sobre la mesa de la comisión jurídica en la primera sesión.

El diario "El Tiempo" reprodujo en su edición del 8 de septiembre el organigrama. Un rectángulo central en el que se lee "Presidente" y "consejo directivo", y, alrededor suyo, unidos a él por líneas convergentes, en forma radial, otros diez cuadriláteros con estas inscripciones: "Departamento de artes plásticas", "Departamento de artes musicales", "Departamento de medios de comunicación colectiva", "Departamento de arqueología e historia", "Departamento de patrimonio artístico y museos", "Departamento de artes de la representación", "Departamento de ciencias", "Departamento de educación y filosofía", "Departamento (Instituto) de Folklore", "Departamento de artes literarias". Cuatro de estos departamentos presentaban algunos nombres, unidos por líneas: el de Artes literarias: Poesía, Novela, Cuento, Ensayo, Crítica; el de Artes plásticas: Pintura, Arquitectura, Escultura, Artes del fuego; el de Artes musicales: Musicología, Sinfónica, Promoción musical, Coro; el de Medios de comunicación colectiva: Cine, Radio, Prensa, Tv. Estos nombres representaban dependencias, o "secciones", de los departamentos, y sólo constaban en cuatro a modo de ejemplo.

Para el martes 6 de septiembre los diez miembros de la comisión jurídica que habría de preparar el proyecto de decreto de reestructuración de la Casa de la Cultura se habían posesionado. Eran, pro la vieja Casa de la Cultura: Dr. Gonzalo Rubio Orbe, Ing. Rubén Orellana, Dr. Euclides Silva, Dr. Juan Isaac Lovato y Dr. Plutarco Naranjo; delegados del Movimiento por la Renovación de la Cultura: Dr. Rafael Díaz Icaza, José Martínez Queirolo, Oswaldo Guayasamín, Fernando Tinajero Villamar y Hernán Rodríguez Castelo. Ese mismo día martes se tuvo la sesión preparatoria de la comisión. En ella los cinco delegados por la antigua Casa pidieron a los delegados del Movimiento que presentaran su proyecto de reforma como base de discusión. Y los delegados del Movimiento presentaron el organigrama a que acabamos de referirnos. Dos eran los ideales del Movimiento por la Renovación de la Cultura: acabar con la inoperancia y academicismo en que había venido a dar la Institución, y, lo segundo, procurar la popularización de la cultura. La estructura de la Casa de la Cultura, que ahora proponían, venía a poner remedio al vicio de inoperancia y academicismo. En lugar de

treinta miembros titulares, que llevaban su designación igual que si se tratase de menciones académicas o títulos honoríficos, se creaban ahora “departamentos”, oficinas de trabajo. El consejo ejecutivo se reducía a diez personas, pero realmente eficaces y responsables, puesto que cada una de ellas estaba al frente de un departamento.

Una sola objeción seria se puso a este plan en la primera sesión: ¿cómo se financiaría toda esa maquinaria?

Los miembros del Movimiento respondieron a la dificultad presentando posibilidades de autofinanciación para varios de los departamentos.

Otra diferencia importante ofrecía el proyecto de renovación de la Casa de la Cultura, con el esquema anterior: la proporción en que se atendía a las artes y letras por una parte, y a las ciencias por otra.

En la vieja Casa de la Cultura los veintisiete miembros que componían secciones se repartían así: dos representantes por las ciencias sociales y políticas, uno por los estudios internacionales, dos por las ciencias económicas y uno por las jurídicas –sección de ciencias jurídicas y sociales–; dos por las ciencias filosóficas y dos por las ciencias de la educación –sección de ciencias filosóficas y de la educación–; ocho representantes por las disciplinas literarias y artísticas, así: un crítico, dos novelistas, un poeta, un autor dramático, un periodista, un plástico y un músico; cuatro representantes por las ciencias históricas y geográficas, constituidos en sección; dos representantes por las ciencias biológicas; tres por las ciencias físico-químicas y matemáticas, como sección de ciencias exactas. En resumen, diecinueve representantes de disciplinas científicas, frente a ocho de letras y artes. La nueva organización corregía así esta desproporción: letras y artes contarían con siete representantes –artes literarias, artes plásticas, artes musicales, medios de comunicación colectiva, patrimonio artístico y museos, artes de la representación, folklore–. Ciencias, con tres: ciencias, arqueología e historia, educación y filosofía.

Esta revolución copernicana en cuanto a la distribución de representaciones en el consejo directivo de la Casa de la Cultura se convirtió en el punto álgido en las discusiones, creando verdaderos impases. Esta discrepancia, explicable si se tiene en cuenta que por parte de los antiguos miembros de la Casa de la Cultura componían la comisión dos juristas, un pedagogo, un biólogo y un matemático, mientras que por el otro lado habían ido un pintor, un dramaturgo, un poeta y dos escritores, llegó a convertirse en síntoma de dos conceptos de Casa de la Cultura.

Esta novísima forma del discurso de las armas y las letras –larguísimas discusiones acerca de las letras y las ciencias– fue interesante al comienzo, pero se convirtió pronto en algo bizantino, en algo grotesco y lamentable. Uno de los miembros de la comisión se dedicó a elaborar divisiones y subdivisiones de ciencias, y a ponderar la importancia de cada una de esas ramas.

Al cabo de dos, y tres, y cuatro sesiones gastadas en ponderar los matices de cada rama científica, los miembros del Movimiento en la comisión jurídica habían llegado a punto de

exasperación, y resolvieron abandonar la comisión caso de que las discusiones siguieran discurriendo por cauces absurdos.

Aquella tarde se volvió a los argumentos y contrargumentos de siempre.

“En el Ecuador no movimiento científico. ¿A qué tantas secciones científicas en la Casa de la Cultura” –decía Guayasamín, y Naranjo replicaba: “por eso mismo hacen falta esas secciones”.

“Si estamos subdesarrollados es porque somos humanistas” –asentaba Euclides Silva, y Tinajero contradecía: “no, doctor: porque vivimos aún estructuras feudales”.

“Es necesario que los recursos naturales sean estudiados” –pedía otro de los de la antigua Casa, y uno de los jóvenes preguntaba: “¿pero por qué ha de correr con eso la Casa de la Cultura, habiendo universidades e institutos especializados?”

A veces el argumento daba en lo grotesco, como cuando el Dr. Euclides Silva preguntaba: “¿Cómo se va a salvar la cuenca del Guayas? ¿Con la poesía?”

El Ing. Orellana, mente muy clara y muy matemática, establecía: “no es posible minimizar las ciencias”. Y Rodríguez Castelo distinguía: “no es posible minimizar las ciencias, de acuerdo. Las ciencias son algo fundamental para el desarrollo del país. Pero, no sólo es posible, sino indispensable, minimizar las ciencias en la Casa de la Cultura, so pena de que lo mismo esas secciones científicas que las demás vegeten y no se haga labor eficaz de cultura en ningún campo”.

En este punto uno de los antiguos de la Casa dijo que era más difícil ser científico que artista, y Oswaldo Guayasamín saltó: “Cualquier puede, si se propone llegar a ser científico. No se diga lo mismo del artista”.

La intervención de Oswaldo Guayasamín, herido en lo vivo por la ingenua afirmación aquella, elevó la tensión a un punto máximo, y los cinco miembros del Movimiento se dispusieron a abandonar la comisión, después de asentar algo que ha quedado escrito, y que dice así:

*Aquí, donde se ha puesto un departamento para medios de comunicación social – piénsese que esto implica cine, radio, prensa, televisión, con todo lo que en estos campos hay que hacer en nuestro país, sin que exista ninguna otra institución que se preocupe ni tenga cargo de ello–, es absurdo, inaceptable pretender dos departamentos de ciencias naturales, habiendo facultades universitarias que están obligadas y equipadas para la investigación y divulgación biológica.*

Habían abandonado sus sillones Guayasamín y Rodríguez Castelo, los más violentos y que peor sufrían estas discusiones, ante la mirada asustada del Dr. Carlos Cueva Tamariz, presidente de la comisión, cuando Rafael Días Icaza ofreció posibilidades de conciliación, aplicando al caso de conflicto ciertas “unidades” primarias, propuestas antes por Tinajero para resolver otro impase originado por la nomenclatura en secciones o departamentos, e hizo hincapié en el acuerdo que había respecto a algunas unidades, para tratar de establecer el

organigrama definitivo de la nueva Casa de la Cultura. Ahora el problema era el de la representación que tendrían esas “unidades” en el directorio. La discusión se convertía muy pronto en regateo, muy semejante al que tiene lugar en los mercados sobre camotes y lechugas...

Mientras la comisión jurídica se enredaba en estas discusiones, se avecinaba la fecha de apertura del I Congreso de Trabajadores de la Cultura. El día 24 en el Café 77, una asamblea de escritores y artistas elegía a los cinco delegados quiteños al Congreso. Seguían llegando confirmaciones de asistencia de delegaciones provinciales.

El I Congreso Nacional de Trabajadores de la Cultura se inauguró el día jueves 15 de septiembre a las seis de la tarde, en el aula Benjamín Carrión de la Casa de la Cultura. Acto sobrio, denso de contenido revolucionario y social. Presidían el acto Diógenes Paredes, elegido presidente del Congreso, Wilfrido Acosta Yépez, vicepresidente del mismo, Hernán Rodríguez Castelo y Fernando Tinajero Villamar del Movimiento de Quito, Rubén Astudillo del Movimiento de Cuenca, Carlos Villacís del Movimiento de Latacunga, elegido secretario del Congreso, y Rony Salmon, vicepresidente de la Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador.

Abrió la sesión Diógenes Paredes dando la bienvenida a las delegaciones provinciales. Se refirió luego a la sinceridad y altura de miras del Movimiento, y manifestó que el Congreso estaba reunido para respaldar a la comisión jurídica y exigir que sus labores no traicionasen el espíritu del Movimiento.

A continuación se leyeron comunicaciones de Manabí, Ibarra, Federación de Trabajadores de Pichincha, Unión Nacional de Mujeres del Ecuador, Departamento Municipal de Cultura Popular, Confederación de Trabajadores del Ecuador, Unión Nacional de Periodistas.

Concluida la lectura de comunicaciones tomó la palabra Fernando Tinajero Villamar, Presidente de la Asociación de Escritores Jóvenes y miembro de la comisión jurídica. “¿Hay una auténtica cultura nacional, dijo Tinajero, o sólo elementos desorganizados; clases sociales estancos, asiladas como islas?”

Tinajero desarrolló el tema de la aculturización ecuatoriana. “No tenemos conciencia de nosotros mismo”. “La historia del Ecuador ha sido la historia de la burguesía”. “Las revoluciones ecuatorianas has sido el paso de una esfera de una clase social a otra esfera de la misma clase”. Cerró su intervención Tinajero calificando al movimiento por la renovación de la cultura como “primera revolución cultural americana”.

Respondió a Fernando Tinajero, a nombre de las delegaciones provinciales, el delegado por Cuenca Rubén Astudillo y Astudillo. Sus palabras fueron breves y fuertes: “Que se ponga fin, pidió, al monopolio de la palabra “cultura” que han estado haciendo tres o cuatro eminencias grises fácilmente identificables”.

Siguieron intervenciones de los representantes clasistas, que habían acudido llevando la adhesión de universitario y obreros.

Rony Salmon, vicepresidente de la Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador (FEUE), llevó al aula Benjamín Carrión la oratoria fogosa de los más jóvenes de los revolucionarios americanos. “Mientras los estudiantes calentaban los muros del penal, aquí calentaban su puesto elementos como Juan sin cielo, que es un hombre sin tierra y sin amigos”, dijo Salmon, refiriéndose a los vejámenes inferidos por la dictadura militar a los universitarios, y a la postura venal de Alejandro Carrión, “Juan sin cielo”, uno de los miembros de la vieja Casa de la Cultura, que se habían distinguido especialmente en sus servicios a la dictadura.

Por su parte un obrero, Ciro Pazmiño, en representación de la Confederación de Trabajadores de Pichincha, afirmó: “es de hondo significado que un trabajador se encuentre en este recinto. La reacción ha tenido relegados de la cultura por mucho tiempo a los trabajadores”. “Esperamos que la cultura llegue al suburbio”. “A la CTE y FTP les interesa que los sindicatos reciban un verdadero impacto de cultura”.

Hernán Rodríguez Castelo fue el encargado de presentar al Congreso un informe de cuanto había hecho la comisión jurídica que estudiaba el modo de reestructurar legal y estatutariamente la Casa de la Cultura. Luego de un breve planteo, Rodríguez Castelo leyó los cinco artículos en que los once miembros de la comisión habían logrado acuerdo, comentando brevemente el significado de cada artículo.

Presentando el artículo 3, que dice: “La Casa de la Cultura Ecuatoriana no hará discriminación alguna religiosa, política o social”, el expositor se refirió al espíritu del Movimiento que había sido de la más amplia apertura y había unido en su seno a hombres de las más diversas tendencias, credos religiosos y filosofías políticas, juntos en un esfuerzo de buena voluntad para trabajar por criterios comunes de creación de una auténtica cultura nacional y de popularización de la misma. “Es tal la amplitud del Movimiento, dijo Rodríguez Castelo, que así como antes se lo tachaba de comunista, ahora un columnista de cierto diario local ha llegado a filiarlo como de “derecha reaccionaria”.

Acabada la lectura y comentario de los cinco artículos aprobados por unanimidad, la exposición pasó al famoso artículo 6, que había sido lugar de estancamiento, al parecer insalvable. “Hoy, comunicó a la asamblea el orador, estuvimos a punto de abandonar la sesión convencidos de que toda discusión ulterior habría sido inútil pérdida de tiempo”.

Leyó el artículo en cuestión tal como había sido propuesto por el Movimiento.

“La Casa de la Cultura Ecuatoriana estará conformada por los siguientes departamentos:

- a) Departamento de literatura,
- b) Departamento de artes plásticas,
- c) Departamento de artes musicales,
- d) Departamento de artes de la representación,
- e) Departamento de medios de comunicación colectiva,
- f) Departamento de antropología cultural,
- g) Departamento de historia y arqueología,
- h) Departamento de educación y filosofía,

i) Departamento de ciencias y tecnología.”

Esta división de la Casa de la Cultura Ecuatoriana no ha satisfecho a la otra parte, informó Rodríguez Castelo. Los antiguos miembros de la Casa quieren trece unidades, de las cuales varias son científicas.

Como conclusión de este informe detallado el expositor anunció que, en la imposibilidad de lograr un acuerdo, se presentarían al Ministerio de Educación dos proyectos de nueva Casa de la Cultura. “Y éste es el momento, dijo, en que el Congreso debe estar presente. El proyecto del Movimiento es un proyecto con respaldo nacional: irá suscrito por centenares de firmas”.

Prosiguiendo su informe Rodríguez Castelo dijo: “dos son los grandes criterios que nos han movido a quienes representamos al Movimiento en el seno de la comisión: el de la popularización de la cultura y el de la democratización de la Institución. Este segundo criterio ha recibido su expresión en el último artículo aprobado, que es el 10, y dice así: “Será miembro de la Casa de la Cultura Ecuatoriana toda persona cuya obra de creación en el campo de las letras, las artes y las ciencias, que constituya una aporte valioso a la cultura nacional, fuese presentado a consideración del departamento correspondiente y calificado de acuerdo al respectivo reglamento”. Ahora todos ustedes, trabajadores de la cultura, serán miembros de la Casa de la Cultura. Se acabó el cenáculo cerrado de tres decenas de miembros. Desaparecen miembros ad-honorem y otras reliquias de formalismo y academicismo”.

Cerró el acto inaugural del Congreso el Dr. Wilfrido Acosta, vicepresidente del mismo, y después de sus palabras el Teatro Ensayo de la Casa de la Cultura ofreció una presentación de “El velorio del albañil” y “El Cuento de don Mateo”.

El I Congreso de Trabajadores de la Cultura trabajó seriamente en cuatro temas: I: Situación actual, objetivos y proyecciones de la cultura ecuatoriana; II: Reestructuración de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Fundamentos y alcances de su renovación; III: Estado actual de los trabajadores de la cultura. Posibilidades y aspiraciones. Su organización; IV: Participación del pueblo en la cultura nacional.

Al día siguiente de inaugurado el Congreso, una delegación destacada por la comisión que estudiaba el tema II, relacionado con la reestructuración de la Casa de la Cultura, pidió ser recibida en el recinto donde deliberaba la comisión jurídica, para presentar una posibilidad conciliatoria que rompiera el impase a que se había llegado.

Recibida la delegación de trabajadores de la cultura, tomó la palabra el joven escritor Francisco Araujo Sánchez, codirector de NIZIAH, y propuso un término medio entre las trece secciones –seis de ciencias– que proponían los comisionados de la vieja Casa de la Cultura, y los nueve departamentos del plan propuesto por el Movimiento. El camino intermedio que proponía Araujo era éste: se aceptaban las trece secciones, pero de ellas solo siete tendrían departamento. Hasta aquí, nada nuevo: ésta había sido una propuesta del Ing. Orellana, aceptada en principio por los miembros del Movimiento. Lo nuevo, lo que hacía a la proposición conciliatoria, se refería al gobierno de la Casa. Formarían el directorio de la Institución un delegado por cada sección que tuviese departamento, y uno o dos por las que no lo tuvieran. Pareció viable el camino, y comenzó el regateo. El Ing. Orellana propuso: “tres

por parte de las secciones sin departamento”, y en medio de general euforia se aceptó. Al día siguiente el Dr. Carlos Cueva Tamariz presentaría al Ministro de Educación como resultado del trabajo de la comisión jurídica dieciséis artículos suscritos por unanimidad, y ese proyecto de decreto intacto se transformaría en la nueva ley constitutiva de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Tenía razón la prensa al comentar al día siguiente la entrega del proyecto de decreto en términos solemnes y definitivos:

*La benemérita Institución, que durante largos años ha mantenido el aliento cultural de al menos algunos círculos y medios ecuatorianos, y ha llevado más allá de las fronteras patrias la cultura nacional; la Casa de la Cultura, tan venida a menos en los últimos años, necesitaba reorganización, y radical, profunda.*

*El hacedor de la Casa, Dr. Manuel Benjamín Carrión, reflexivo y sincerísimo, había dejado constancia de que, junto a tanto bueno, la Casa adolecía en su estructura misma de al menos dos defectos capitales: su carácter excesivamente académico, y el lugar desmesurado dado a la representación científica en los cuerpos directivos de la Institución. (Las actividades creadoras –artes literarias, plásticas, musicales, etc. –, todas juntas, estaban en una minoría de uno a cinco).*

*Había, además, otros vicios: círculos cerrados, favoritismos, aislamiento, reelecciones inmerecidas, etc.*

*Todo eso se ha roto.*

*Ahora, al tenor del nuevo decreto-ley que reorganiza, que nos la entrega nueva, a la Casa de la Cultura, se le han abierto las puertas. Han dejado de existir los veintinueve miembros titulares, que llevaban su designación como una condecoración honrosa. El Art. 8, una de las claves de la revolución cultural que se ha puesto en marcha, dice:*

*“Será miembro de la Casa de la Cultura Ecuatoriana toda persona cuya obra de creación en el campo de las letras, las artes o las ciencias constituya un aporte valioso a la cultura nacional y fuere presentada a consideración de la sección correspondiente y calificada conforme al reglamento”.*

*Es la hora de todos los creadores nuevos de cultura; es la hora de que cuantos tienen que decir una palabra en la cultura nacional, la digan”. (“El Tiempo”, 18 de septiembre)*

## EN VÍSPERAS DE LA ACCIÓN

Los problemas y perplejidades no acabaron con la firma del proyecto de decreto por las dos partes, ni con su elevación a ley. El proyecto llevaba dentro de sí la manzana de la discordia: una “disposición transitoria” aceptada un poco de prisa por los dos grupos contrarios, con la esperanza de manejarla más tarde de modo favorable.

Aprobado el proyecto de decreto, la discusión de los pasos por los que se llevaría a la realidad el plan de reforma volvió a poner en peligro la precaria armonía. Los miembros de la comisión por parte de la antigua Casa dejaron traslucir sus temores de que ésta iba a ser la hora de una gran invasión de escritores, artistas y más “trabajadores de la cultura” calificados a la ligera.

Se aprobó, en un clima de recelos mutuos, esta disposición transitoria:

*Para la renovación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana se elegirá una comisión compuesta de cinco personas por cada sección, que se encargará de calificar a los nuevos miembros, de acuerdo con el artículo 8 de esta ley (el artículo sobre los nuevos miembros, previa calificación). Tal elección se efectuará por el voto de todos los antiguos miembros titulares y de los correspondientes designados desde la fundación de la Casa y por los integrantes del Congreso de Trabajadores de la Cultura, distribuidos en las diferentes secciones... etc.*

El punto equívoco estaba en aquel “y por los integrantes del Congreso de los Trabajadores de la Cultura”. Los exmiembros de la Casa de la Cultura imaginaban una elección original: de una parte los miembros titulares (varias decenas) y correspondientes (varios centenares) desde la fundación de la Institución, y de la otra parte cosa de veinte o treinta “trabajadores de la cultura”. Los miembros del Movimiento pensando en los casi cuatro mil miembros correspondientes de la antigua Casa de la Cultura, a los que se concedía voto en esta elección, confiaban en llamar por su parte a todos los integrantes del Congreso de Trabajadores de la Cultura –fraternal, integrantes de los congresillos preparatorios, etc. – puesto que la disposición transitoria no especificaba qué clase de integrantes del Congreso eran los llamados a votar.

Las “comisiones calificadoras de miembros” se eligieron el día viernes 14 de octubre a las 6 de la tarde, en el Aula Benjamín Carrión.

Aquel mismo día el expresidente de la Casa de la Cultura y un pequeño conventículo de allegados habían tratado de impedir aquel acto electoral, arrojado sobre él acusaciones de ilegalidad. Con verdadera expectativa concurrieron aquella tarde a la Casa de la Cultura los miembros del Movimiento. Su sorpresa fue grande y grata: centenares de hombres de cultura, escritores y artistas, de las dos partes habían respondido a la llamada hecha por el Dr. Cueva Tamariz, en su calidad de presidente de la comisión jurídica, que había elaborado el proyecto de decreto. Y un clima de comprensión hacía pensar días nuevos de colaboración, dentro de los cauces renovados, de antiguos y nuevos miembros de la Casa de la Cultura.

Después de breve reunión general en el Aula Benjamín Carrión, en donde se discutió algún punto dudoso y se satisfizo al recelo de que los trabajadores de la cultura hubiesen



abierto demasiado la mano en la entrega de credenciales de componentes del I Congreso Nacional de Trabajadores de la Cultura, se procedió a leer la nómina de las personas inscritas en cada una de las secciones y cada sección fue saliendo del Aula para instalarse en algún salón y elegir la comisión calificadora de cinco miembros.

Nombradas las comisiones calificadoras, cada una de ellas elaboró un reglamento provisional de calificación y en un plazo de quince días calificó a todas aquellas personas cuyos nombres les fueron, por sí o por terceras personas, propuestos.

Otra vez ocurrieron susceptibilidades y reclamos. Tan pronto como se dio a conocer por la prensa la lista de miembros calificados de la nueva Casa de la Cultura, se empezaron a señalar omisiones, y algunas verdaderamente lamentables. (Por ejemplo, en la sección de historia se había olvidado calificar a Julio Tobar Donoso y a Luis Robalino Dávila, acaso las dos figuras más altas de la historia en este momento en el Ecuador). Pero algunas secciones explicaron omisiones: los plásticos dieron a conocer que dos de los pintores, por cuya calificación se reclamaba, habían rechazado expresamente ser calificados, atribuyendo a este sujetarse a calificación carácter de verdadera humillación. Y otras secciones, reconociendo su omisión, prometieron repararla.

Sólo un caso hubo en que se hubiese pensado en negar la calificación: a Alejandro Carrión se le negó la calificación, a pesar de reconocer sus dotes de poeta, prosista y hombre de cultura, por su postura venal ante la dictadura y el nivel de su revista "La Calle", en donde la calumnia y la mentira habían sido consagradas armas ordinarias de ataque. A pesar de lo evidente de estas inculpaciones, hubo muchos intelectuales del Movimiento que se mostraron disconformes con cualquier descalificación, anotando que las comisiones no estaban llamadas a juzgar de la moral de cada calificado. El tema se prestaba a discusiones laboriosas, y ahí quedó.

Ello es que, al fin, la Casa de la Cultura, superadas dificultades surgidas en Guayaquil y una demora injustificada en las elecciones de Cuenca, cosas ambas que requirieron delegados especiales de la matriz de Quito, pudo el sábado 12 de noviembre elegir su presidente, empezar a preparar sus nuevos estatutos, acordes con la nueva ley constitucional, y pensar ya en esa acción para la cual se había hecho la revolución cultural.

El 12 de noviembre fue electo presidente de la nueva Casa de la Cultura su fundador, Benjamín Carrión; pero su primera entrada en la Institución reorganizada había tenido lugar una semana antes, para aceptar la designación de presidente interino, hecha por la junta general –con sólo el directorio y los miembros de Quito–, hasta que la junta plenaria –con presencia de los delegados provinciales– ratificase la elección. Entonces había sido el momento emocionante de la vuelta del ilustre hombre de cultura, removido de su obra por la dictadura militar.

"En realidad es una hermosa hora la que estamos viviendo" –había dicho el doctor Carrión, y proseguido: "Hay que poner de lado el nombre de una persona. Lo único que cabe señalarse, como día fasto de la cultura ecuatoriana, es que en nuestra tierra de tantos movimientos libertarios, esta vez se ha hecho un movimiento de liberación, de purificación, de aseo de la cultura nacional".

Contó al final de sus palabras el Dr. Carrión que un país centroamericano le había solicitado que fuese a fundarles una Casa de la Cultura, y dijo: “Ahora le iré a hacer la nueva Casa”.

-----o-----

La historia de nuestra “revolución cultural” no se cierra aquí; aquí se abre. La última página es una página abierta; casi un interrogante. Para cuando escribo estas líneas han pasado ya varios meses desde ese noviembre, cuando se eligiera a Benjamín Carrión presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, desde ese enero en que se discutieron los nuevos Estatutos y el nuevo presupuesto de la Institución, y hay quienes se preguntan: ¿Dónde está la nueva actividad de la Casa de la Cultura, dónde la popularización de la cultura?” Está bien que se hagan estas preguntas: ellas serán acicate constante y urgente. Pero tienen su respuesta; su respuesta múltiple. Por donde miremos la Casa de la Cultura renovada, hay respuesta a esas preguntas.

Editorial: una editorial que fue hallada desmantelada, sin papel; una editorial que había dado en publicar cualquier cosa, casi como si se tratase de la más vulgar y mediocre editorial comercial, ha lanzado la “Colección popular” en tres series; ha vuelto a ofrecer libros de alta calidad y dignísima factura. Y, para asegurar a la editorial un funcionamiento digno de la Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, se estudia un proyecto de reglamento. Alma de toda esta nueva vida es, además de Carrión que ama el libro y sabe de hacer libros, Edmundo Velasco, benemérito de la obra editorial de la Casa desde su fundación, y que ha vuelto a ella sacrificando un bien merecido descanso.

Radio: después de haber rodado por más de cuatro años de bodega en bodega, se han rescatado al fin los nuevos equipos Philips de 10 kilovatios, adquiridos al final del periodo de Carrión, y se prepara su instalación –la caseta para los transmisores está lista–, así como adaptar para la onda largo los viejos equipos de onda corta. Se estudia el nuevo plan de producción de programas, etc. En esta gran labor, que se hace con poquísimos medios económicos, colabora altruistamente técnicos y miembros de la Casa de la Cultura.

El Departamento de Artes de la Representación funciona como Instituto del Teatro. El Teatro Ensayo ha pasado a convertirse en el Teatro Popular, con miras profesionales, y nuevos elementos han reconstituido el Teatro Ensayo. La Escuela de Arte Dramático sigue adelante. Se trabaja en ballet.

El departamento de Artes Musicales ha procurado salir al estudiante y al obrero con conciertos de la Orquesta Sinfónica; ha formado un Cuarteto de Cuerdas y ha comenzado una gran campaña de revalorización de la Música Nacional.

El departamento de Historia ha hecho ediciones de folletos, en gran tirada, para el pueblo, y prepara la edición de importantes obras históricas. Ha organizado el I Simposio Nacional de Historia y Geografía.

El Departamento de Medios de Comunicación Colectiva, haciendo por primera vez en la historia del Ecuador, algo oficial por el cine ha instituido el Premio “Ecuador de Oro” para la mejor película exhibida en el año en Quito, y lo ha adjudicado por primera vez al filme de Ingmar Bergman, “El Silencio”.

Las secciones científicas preparan ambiciosos proyectos de difusión cultural y organización de sus respectivos estudios.

Y, por encima de todos estos esfuerzos seccionales, el nuevo edificio de la Casa de la Cultura –ese enorme ovoide que albergará dignamente todas las manifestaciones de la cultura ecuatoriana– está en marcha. Para abril de 1968 la I Bienal Sudamericana de Quito se abrirá en pabellones de esa nueva y monumental sede de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

No se crea que los trecientos miembros actuales de la Casa de la Cultura, matriz, trabajan activamente. Sería ingenuo pensarlo. Pero ahora están abiertas las puertas para quien quiera empeñarse en estas labores culturales de la Casa, mal o nulamente retribuidas. Y nadie puede criticar desde fuera, teniendo, como tiene, el derecho de trabajar desde dentro.

Queda, pues, mucho por hacer, y es tan difícil, que no podemos prometernos así como así salir con bien del empeño. Sin embargo, es esta empresa tan grande, tan trascendental para la cultura ecuatoriana, que el mero haberlo intentado basta para llenarnos de satisfacción a cuantos hemos gastado bienes, tiempo y cuidados en esta “revolución cultural” sin más propósito que abrir nuevos horizontes a la cultura nacional.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> REVOLUCIÓN CULTURAL, por Hernán Rodríguez Castelo, se terminó de imprimir el día 22 de enero de 1968, siendo Benjamín Carrión Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, y Edmundo Velasco Z. Regente de los Talleres Gráficos.  
Portada: Oswaldo Guayasamín.